

JUANA

¡Qué ideal! ¿Qué importaba ya la verdad fuera la que fuera?

ISABEL

Sí, dices bien. ¿Qué verdad podía ser más horrible que la verdad de haberle perdido para siempre de este modo? Tú, hermana mía, madre-cita mía, no podrás ser tan cruel como los demás cuando todos lo fueran; tú no lo ocultarías. ¿Verdad que no?

JUANA

¿Lo dudas?

ISABEL

No, de ti no. Pero acaso de ti también la ocultan porque saben que tú me lo dirías. Don Ricardo sabe algo, Gabriel también, y alguien más; lo saben, lo saben...

JUANA

No, Isabel. ¿Qué interés podía haber en ocultarte la verdad? ¿No has pensado ya en todo? ¿No lo has aceptado ya todo? Y si hubiera que perdonar, ¿no lo has perdonado ya todo?

ISABEL

Sí; perdonar sí, con toda mi alma.

JUANA

Y a mí, ¿me perdonas también?

ISABEL

A ti..., ¿por qué?

JUANA

Porque entre tantos días tristes, hoy ha sido más triste que todos y algo fué por mí...

ISABEL

No; tus alegrías nunca pueden ser tristezas para mí; esta de ahora pudo serlo un momento, porque ya sabes cómo era mi ilusión y la suya..., cómo era la vuestra... ¡Un hijo, un hijo! ¿Sabe ya Gabriel...?

JUANA

No; temí también su alegría. En los hombres la alegría es más egoísta.

ISABEL

¡Es una alegría tan natural!... Oye... Quisiera pedirte... si fuera niño... (Pausa.)

JUANA

¿Su nombre?

ISABEL

¿Eres supersticiosa? ¿Temes que sea nombre de desgracia?

JUANA

No. ¿Pero no será recordarte siempre...?

ISABEL

¿Y tú crees que nunca podré olvidar?

JUANA

Es natural que ahora te parezca imposible;

pero eres muy joven, la vida te debe una compensación.

ISABEL

La única posible era ésa...

JUANA

¿Cuál?

ISABEL

Vuestro hijo, tu hijo, será mío también; como tú fuiste mi madre, yo lo seré suya; esa será mi vida... Gabriel... ¿No le dirás...?

JUANA

No, Isabel, todavía no...

ISABEL

¿Por qué no? ¡Es tan bueno conmigo! ¿Me permites que sea yo quien le anticipe alegría tan grande?

JUANA

¿Tú?... Si tú quieres...

#### ESCENA IV

ISABEL, JUANA y GABRIEL

GABRIEL

Isabel, tengo que darte una noticia.

ISABEL

Y yo otra y una alegría muy grande...

GABRIEL

¿Una alegría? Dime tú primero.

ISABEL

No, primero mis tristezas, que han entristecido vuestra casa, pero para vosotros serán pasajeras; yo haré que sólo queden para mí... Dime tú. ¿Qué sucede?

GABRIEL

Carlos está aquí.

ISABEL

¿Aquí? ¿Ha venido? Entonces algo tiene que decirnos. ¿Le viste?

GABRIEL

Todavía no. Viene en automóvil desde Madrid y se detuvo en la fonda de la estación para almorzar, sin duda temiendo molestarnos. Desde allí envió aviso y no tardará...

ISABEL

Sí, no hay duda, él lo sabe, lo sabe todo cuando viene en persona y tan pronto. Para mí puede haber también alguna alegría. ¡Dios mío! ¡Saber, saber la verdad por fin! El misterio era una doble muerte, no era sólo la eterna separación de ahora, era como si nunca hubiéramos existido el uno para el otro, era pensar que todo fué mentira: su cariño, mi confianza, la suya... Tantas esperanzas, tantas ilusiones... Era como una burla cruel, como una mentira inexplicable, era como no haber vivido.

JUANA

¡Isabel! No te exaltes... No confíes aún...

ISABEL

Sí, ahora sí, ahora es la verdad.

GABRIEL

¿Y tú noticia? ¿Olvidaste ya...?

ISABEL

Esa sí es toda alegría para todos; la única que podía serlo para mí también. ¿No sabes? Lo esperabas siempre y la tristeza de todos no te dejó advertirlo.

GABRIEL

¿Qué dices?

ISABEL

¡Qué alegría! ¿Verdad? Ya ese jardín se llenará de risas como de flores y de pájaros... Ya tendremos un ángel que pida por nosotros.

GABRIEL

¿Es verdad lo que dices? ¡Juana mía..., nunca tan mía como ahora!

ISABEL

¡Un hijo!

*(Juana advierte a Gabriel la tristeza de Isabel.)*

GABRIEL

¡Isabel, perdona!

ISABEL

No; a mí vosotros. No respetéis hoy mis tristezas; alegraos, alegraos con toda vuestra alma, como si su alegría llenara ya esta casa de risas y de voces.

GABRIEL

¡Pobre Isabel, tan buena! ¿Por qué no habías de ser también dichosa? *(Entra un criado y da una tarjeta a Gabriel.)* Carlos... *(Pausa.)* Que pase este caballero. *(Sale el criado.)*

ISABEL

Un favor, Gabriel, te lo suplico: quiero yo ser la primera que hable con él y yo sola...

GABRIEL

¿Es que desconfías de nosotros?

ISABEL

De vosotros no; de él; no quiero que entre mi angustia por saber y su promesa de callar, si esa promesa existe, no se interponga ninguna reflexión; quiero que me oiga a mí sola, que comprenda que esa promesa no puede tener valor, porque yo tengo derecho a saber todo lo que él sepa... Dejadme, os lo suplico, por el hijo vuestro.

GABRIEL

Isabel, no; yo te acompaño. Te prometo que no diré nada; escucharé en silencio.

ISABEL

No; dejadme, dejadme,

GABRIEL

Sea como quieras; permíteme al menos saludar a Carlos.

## ESCENA V

DICHOS y CARLOS

GABRIEL

¡Carlos!

CARLOS

¡Gabriel!.. Señora... Isabel...

GABRIEL

¿Recibiste una carta?...

CARLOS

Sí, pero siempre pensé venir; deseaba ver a todos ustedes, necesitaba convencerme de que él no está aquí todavía, porque me parece un mal sueño...

ISABEL

¡Un horrible sueño!... ¿Verdad?

CARLOS

No puedo creerlo, a pesar de su carta.

ISABEL

Su carta... ¿le decía a usted...?

CARLOS

Sí; no puedo negarlo. El telegrama que recibi-

rían ustedes preguntando si algo ocurría, les haría a ustedes comprender que yo sabía algo...

ISABEL

¿Un telegrama? ¿Dice usted...?

CARLOS

Sí, apenas recibí su carta...

ISABEL

¡Gabriel, yo no he visto ese telegrama!...

GABRIEL

Tampoco yo, te lo aseguro...

ISABEL

Es extraño...

JUANA

Se recibieron tantos y tantas cartas... Si en efecto se recibió, pronto lo encontraremos; todos se guardaron para contestar cuando pasara tiempo...

ISABEL

Si yo hubiera sabido antes que usted...

CARLOS

Por eso me apresuré a venir...

GABRIEL

Y te dejamos con Isabel. Acaso a ella sola debes decir...

CARLOS

A ella como a todos...

GABRIEL

Es su deseo. Perdona.

CARLOS

No, no me dejes solo con Isabel.

GABRIEL

Es preciso. Isabel podría desconfiar de mí..., y el no haber ese telegrama...

JUANA

Si se recibió estará entre todos... Vamos a verlo.

GABRIEL

Sí, sí; a mí también me extraña que nadie se fijara en él... Hasta ahora, Carlos... *(Salen Juana y Gabriel.)*

## ESCENA VI

ISABEL y CARLOS

ISABEL

Siéntese usted, Carlos, y ante todo perdóneme usted, cualesquiera que sean mis palabras, mi actitud con usted; usted comprenda lo que por mí debe haber pasado; no era sólo el dolor, era esta ansiedad horrible de no saber... ¡Cuánto le agradezco que se haya apresurado a venir! ¡Cuánto le

agradeceré siempre la amistad que profesaba a Hipólito! ¡Por usted solo, por usted puedo saber al fin...!

CARLOS

¡Isabel!

ISABEL

¡Esa carta!... ¡Yo quiero leerla, necesito leerla! La trajo usted sin duda... No tema usted, Carlos; estoy tranquila, acepto la verdad cualquiera que sea, aunque fuera una traición de todo su cariño, aunque fuera el crimen más espantoso, la mayor ofensa para mí... Esa carta, esa carta...

CARLOS

Perdone usted, Isabel. Esa carta no existe, debí romperla.

ISABEL

¡No, no!... ¡No me hará usted creer que una carta así, la última carta del amigo más querido escrita antes de morir, que es usted a la única persona á quien confía su secreto, puede romperse como una carta sin importancia, una de tantas cartas!... Aunque lo jure usted no lo creo, Carlos...

CARLOS

¿Y si fué su voluntad, su última súplica? ¿No debía ser sagrada para mí?

ISABEL

¿Su voluntad? Pues si esa fué su voluntad, usted no puede respetarla; no se trata sólo de su

voluntad, se trata de mí; si nadie supiera, yo me resignaría, pero así no; yo tengo derecho a saber lo que otra persona en el mundo pueda saber, más derecho que nadie, sea quien sea. ¿Respetaría usted su voluntad si hubiera sido que viniera usted a matarme o a insultar mi dolor con crueles injurias?... Pues esa es la voluntad que usted cumple y eso es su silencio de usted; peor que darme muerte, insultarme, insultarme, sí; tanto como decirme: tú eras para él menos que yo, yo sé lo que no sabrás nunca, su vida fué más mía que tuya, en mi poder está todo el secreto de su vida, de tu honra quizás; ¿porque sé yo acaso si él dudaba de mí? Ya lo oye usted, se trata de mi honra; quiero saber, necesito saber, y si calla usted, su silencio es un insulto, es complicidad en un crimen, porque más criminal que darme muerte es condenarme así a enloquecer, a dudar de todos y a que todos duden de mí...

CARLOS

Nada puede ofenderme. Es tan justa la rebeldía contra el dolor no merecido... Pero es inútil atormentarnos, Isabel; usted a mí con sus súplicas, súplica es todo para mí, hasta sus recriminaciones; yo a usted con mi silencio... Yo sólo sé, sólo debo saber que hay silencios sagrados como la misma muerte, que es el gran silencio y es el gran misterio, y todos debemos respetarlos; sólo debo decir a usted, porque toda su vida y su muerte fué para decirlo, que nunca, nunca habrá mujer más adorada de hombre alguno como lo fué usted de Hipólito. (*Isabel rompe a llorar.*) Que

en todas sus cartas, en la última sobre todo, era como una oración de toda su alma, oración a una santa que estaba sobre todas las cosas de la tierra, muy lejos, para que nadie pudiera mancharla... Dude usted de todo, pero no dude de aquel cariño inmenso; llore usted siempre, pero nunca con remordimiento, porque en usted no pudo haber culpa ni puede haber remordimiento, ni el de no haber perdonado...; pero fué él el que no quiso perdonarse.

ISABEL

¡Perdonar, perdonar! ¿Era yo quien había de perdonar? ¡Y creía en mí y adoraba en mí! ¿Y no merecí la verdad? ¡Perdonarle si había que perdonar... todo, todo!... ¡Dios lo sabe, él lo sabrá también!... ¡Con toda mi alma! ¿Pero qué había yo de perdonar? ¡Sólo usted lo sabe!

CARLOS

No, Isabel; nada sé, ya lo dije, ya dije cuanto podía decir.

ISABEL

Pero no cuanto sabe usted.

CARLOS

Y por lo que usted más quiera, por su memoria, yo le pido a usted, de rodillas si es preciso, que nada más quiera usted saber, porque nada más diré nunca. Comprenda usted que no puede haber juramento más sagrado que el que hacemos por nuestra voluntad, y del que nadie puede pedirnos cuenta si faltamos a él.

ISABEL

Está bien, Carlos; está bien. ¿Cree usted que debe callar? ¿Lo creerá usted siempre?

CARLOS

Si algún día creyera que debía hablar... No, no; es ofender a usted, porque sólo por su honra de usted podía yo hablar, y de usted no puede dudar nadie.

ISABEL

Sí, Carlos, sí; se habla, se dice...

CARLOS

Esa gente nada me importa...

ISABEL

¿Sólo a usted?

CARLOS

Nada debe importar a usted. Suceda lo que suceda, esté usted segura de que si el silencio y la muerte son la palabra de Dios, la vida es su obra, y la vida habla siempre por los que callan y por los que mueren... Entretanto, crea usted de mí cuando dude usted de todos; algo del corazón de Hipólito hay en mi corazón; cuanto era su deber en la vida, es ahora mi deber...

ISABEL

Gracias, Carlos; gracias... *(Llamando.)* ¡Juana, Gabriel!

## ESCENA VII

DICHOS, JUANA y GABRIEL

GABRIEL

¿Hablasteis?...

CARLOS

Sí.

JUANA

¿Estás más tranquila?

ISABEL

Sí. Os llamé para que atendáis a Carlos; yo no puedo más; estoy rendida...

JUANA

Sí, descansa.

GABRIEL

En efecto, pareció el telegrama... No podía haberse extraviado. ¿Quieres venir a tu habitación? Don Ricardo nos acompaña también; esperaba tu carta; se alegrará de verte.

CARLOS

Vamos... Isabel... Señora...

ISABEL

Otra vez gracias... *(Salen Carlos y Gabriel.)*

ESCENA VIII  
ISABEL y JUANA

JUANA  
¿Sabe?

ISABEL  
Sí, él sí; yo sé, no debo saber...

JUANA  
¿Entonces esa carta...?

ISABEL  
Sin duda, en esa carta...

JUANA  
¿Y no la viste?

ISABEL  
La rompió; eso asegura.

JUANA  
¿Ha jurado guardar el secreto?

ISABEL  
Sí, lo ha jurado... Pero hablará...

JUANA  
¡Isabel! ¿Qué pretendes?

ISABEL  
¡Hablará, hablará! ¡Ay, no puedo más!...

JUANA  
Descansa, descansa. ¿Quieres que te acompañe?

ISABEL  
No; atiende a esos amigos... Dormiré.

JUANA  
Dame un beso...

ISABEL  
Muchos besos... Para ti, para nuestro hijo. *(Sale Isabel.)*

## ESCENA IX

JUANA sola un momento; después CARLOS

CARLOS  
*(Sorprendido.)* ¡Ah!... usted.

JUANA  
¿Quisiera usted evitar el verme?...

CARLOS  
Al contrario; la buscaba a usted... ¿Isabel...?

JUANA  
Se retiró a descansar. ¿Gabriel...?

CARLOS  
Habla con don Ricardo...



JUANA

¿Esa carta, Carlos..., esa carta...? ¿Qué decía esa carta?... Todo, todo, ¿verdad? Usted sabe todo, lo supo usted siempre... Era su único amigo, su único confidente... Lo sé..., lo sé... ¿Y ahora...?

CARLOS

Ahora..., ¿y usted lo pregunta?

JUANA

Ya sé que por mí no... Leo en usted todo el horror, todo el desprecio que debo inspirarle... Por eso no le hablo a usted de mí; callará usted por ella, por su memoria, por mi hijo...

CARLOS

Por su hijo...

JUANA

Por su hijo, sí...; también sabe usted..., pues por su hijo... ¿Pero callará usted siempre?

CARLOS

¿Me cree usted capaz de una venganza tan cobarde? Sólo eso se conseguiría al hablar.

JUANA

Usted dice venganza, yo pensaba castigo; pero piense usted que ya es bastante mi castigo...

CARLOS

Yo no tengo derecho para juzgar a usted ni para castigarla.

JUANA

Pero Isabel le obligará a usted a hablar.

CARLOS

Sabe que he jurado callar.

JUANA

Mañana puede existir otro juramento.

CARLOS

¿Qué dice usted?...

JUANA

Mi corazón presiente... Lo veo, sí; lo veo... Yo sé que Hipólito confió en usted toda su vida y le confió todo...: sus cariños, sus odios... Por eso me odiará usted siempre como él me odió al morir.

CARLOS

¡No, odio no!

JUANA

Sí, sí..., odio, odio... Cariño sólo para Isabel... Por eso será de usted también ese cariño.

CARLOS

¿Qué piensa usted?

JUANA

Mi corazón de mujer no se engaña... Lo presiento, lo veo... Se amarán ustedes... y entonces será otro el juramento y hablará usted, hablará usted... Y ese día... ¡Usted piense lo que será de todos ese día!... ¡Silencio! (*Telón.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO